



Transformados por la gracia

*Mi padre se sentó en el borde de la angosta cama.
“Corrie”, me dijo suavemente, “cuando tú y yo vamos a
Ámsterdam, ¿cuándo te doy tu boleto?”.*

*Yo gemí un par de veces mientras pensaba en ello.
“Pues, justo antes de subir al tren”.*

*“Exactamente. Y nuestro sabio Padre que está en los
cielos también sabe cuándo vamos a necesitar ciertas
cosas. No te le adelantes, Corrie. Cuando llegue el
momento en que alguno de nosotros tenga que morir,
tú buscarás en tu corazón y hallarás la fortaleza que
necesites, en el momento indicado”.*

En su relato autobiográfico, *The Hiding Place* [*El Refugio*], Corrie ten Boom recuerda todas las lecciones sobre la vida, la muerte, el amor y el perdón que aprendió de su familia y también, aunque parezca irónico, de su experiencia en los campos de concentración nazis. La interacción anterior ocurrió después de que Corrie y su hermana regresaran de consolar a una madre cuyo bebé acababa de morir. Al experimentar la realidad de la muerte y la verdad que se nos manifiesta a todos, sin importar nuestra edad o estado en la vida, Corrie tuvo miedo de perder a sus padres. La respuesta compasiva de su padre tranquiliza a Corrie, asegurándole que confíe en que la gracia de Dios estará allí cuando ella la necesite.

Al igual que su padre le enseñó a través de su ejemplo de fe y confianza en Dios y sus reconfortantes palabras, la madre de Corrie también le dejó muchas enseñanzas, en su testimonio de vida, en sus palabras e incluso en el momento de su muerte. Corrie comparte un recuerdo de su madre: “entonces, una mañana [después de dos meses de haber estado en coma], de forma tan inesperada como cuando sufrió el ataque, sus ojos se abrieron y miró a su alrededor.

Finalmente, volvió a poder usar sus brazos y piernas lo suficiente como para poder moverse con ayuda, aunque sus manos nunca volverían a sostener una aguja de crochet o de tejer. ... Pronto fue muy claro que su mente estaba tan activa como siempre, pero no recuperó el habla. Mamá podía decir solamente tres palabras, “sí”, “no” y “Corrie”, quizás porque era la última palabra que había pronunciado. Entonces llamaba a todos “Corrie”. Ella y yo inventamos un pequeño juego para poder comunicarnos, algo así como unas 20 preguntas. ...

“En verdad era asombrosa la calidad de vida que pudo obtener en ese cuerpo inválido. Al verla durante los tres años que duró su parálisis, descubrí algo nuevo acerca del amor. El amor de mamá siempre había sido de ese tipo que se demostraba con una olla de sopa y la canasta de la costura. Pero ahora que esas cosas le habían sido arrebatadas, su amor parecía estar tan entero como antes. Ella se sentaba en su silla junto a la ventana y nos amaba. Amaba a la gente que veía en la calle y más allá también. Su amor abarcaba la ciudad, toda Holanda, el mundo. Y entonces aprendí que el amor va más allá de las paredes que lo circundan”.



En lugar de resaltar la belleza y la gracia que con frecuencia impregnan los días finales de una persona, el relato que inunda los medios ha centrado nuestra atención, y continuará haciéndolo, en algún dolor futuro que puede ocurrir o no. Ninguno de nosotros sabe qué nos deparará el futuro y cuántos días tendremos por venir. Este relato que busca producir temor, expresado en el lenguaje de la autonomía y la elección, propone solamente una elección: debemos tener el “derecho” a concluir nuestra vida “en nuestros propios términos”. Sin embargo, este “derecho” nos privará a todos nosotros, tanto a los que están acercándose al ocaso de su vida como a sus seres queridos, de recuerdos preciados, momentos de amor y alegría, y la oportunidad de encontrar la fortaleza en la gracia que Dios tiene para nosotros en la actualidad.

Lamentablemente, en nuestra época, tan rica en conquistas y esperanzas, no faltan poderes y fuerzas que terminan por producir una cultura del descarte, la que amenaza con convertirse en la mentalidad dominante. Las víctimas de esa cultura son precisamente los seres humanos más débiles y frágiles - los niños por nacer, los más pobres, los ancianos enfermos, las personas gravemente inválidas -, quienes corren el riesgo de ser “descartados”, expulsados por un engranaje que debe ser eficiente a cualquier precio. Este falso modelo de hombre y de sociedad personifica un ateísmo práctico, negando de hecho la Palabra de Dios que dice: “Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza” (cf. Gen 1, 26).

(Papa Francisco, 8 de diciembre de 2013)

¿De qué manera podemos distinguir la diferencia entre los mensajes del espíritu del mundo y aquellos del Espíritu Santo?

En su libro *What Does God Want?* [¿Qué quiere Dios?], el Padre Michael Scanlon, TOR, responde a esta pregunta con cinco “pruebas”:

1. ¿Se ajusta a la voluntad de Dios revelada en la Escritura, la Tradición y la Enseñanza autorizada de la Iglesia?
2. ¿Contribuye a la continua conversión de su corazón?
3. ¿Es coherente con la manera en que Dios lo/la ha guiado en el pasado?
4. ¿Ha podido confirmarlo por otros medios?
5. ¿Cuán convencido/a está en su corazón de que ésta es la decisión correcta? ¿Están presentes los frutos del Espíritu: caridad, gozo, paz, paciencia, amabilidad, bondad, generosidad, mansedumbre, fe, modestia, templanza, castidad?



P. Entonces, ¿debo hacer todo lo posible por prolongar la vida?

R. El regalo de la vida que Dios nos da nos obliga a proteger y conservar con fe eso que nos ha entregado. Sin embargo, esto no significa mantener la vida a cualquier precio. Negarse a un tratamiento de mantenimiento de la vida es algo que se permite en algunos casos y se prohíbe en otros. En algún momento, la muerte natural se acerca y debería ser aceptada.

El Catecismo de la Iglesia Católica enseña:

“La interrupción de tratamientos médicos onerosos, peligrosos, extraordinarios o desproporcionados a los resultados puede ser legítima. Interrumpir estos tratamientos es rechazar el “encarnizamiento terapéutico”. Con esto no se pretende provocar la muerte; se acepta no poder impedirla. Las decisiones deben ser tomadas por el paciente, si para ello tiene competencia y capacidad o, si no, por los que tienen los derechos legales, respetando siempre la voluntad razonable y los intereses legítimos del paciente” (Catecismo de la Iglesia Católica, 2278).

Para obtener más información acerca de los principios éticos para guiar su planificación y sus conversaciones sobre el final de la vida, por favor visite transformfear.org.